

DIEGO NAVARRO

En la sede
de tu
cultura

Ediciones
"GABINETE LITERARIO"

Las Palmas de Gran Canaria



EN LA PAZ DE TU CINTURA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	195974
N.º Copia	422083

DIEGO NAVARRÓ

En la red
de tu
cultura

Prólogo de
NESTOR ALAMO

Ediciones
"GABINETE LITERARIO"

Las Palmas de Gran Canaria

"El Gabinete Literario" se apresta, con profundo interés consciente, a traspasar los umbrales del siglo segundo de su vida: 1844-1944. Por tanto, quienes hoy sostenemos la plena responsabilidad de su gobierno, hemos de movilizar todo aquello que signifique contribución a la más alta y trascendente forma de vida social.

Esto, sólo se obtiene con hechos básicos, tangibles. Para lograr un tono de vida semejante al mejor que nuestra Sociedad viviera, ofrecemos a nuestros consocios y a la cultura canaria, estas "Ediciones Gabinete Literario," que hoy ven la luz.

Es el de ahora, un libro de versos. Versos de un hijo de la Isla, que viene a continuar la tradición poética — ¡tan sólida! — de Gran Canaria.

Más tarde, rebasado el preámbulo que este libro de Diego Navarro significa en nuestro futuro conjunto editorial, aparecerán — eso intentamos — nombres y títulos diferentes, que tenemos el deber inalienable de rescatar — por amantes de lo nuestro y contrastada calidad de la obra —, de los reinos desalentados del olvido y de una desaparición sin remedio.

Las Palmas de Gran Canaria, 1943.

*Por "EL GABINETE LITERARIO"
El Presidente*

Matías Vega Guerra



A Diego Navarro
con un abrazo
cordial

A MIS AMIGOS

PROLOGO

En Diego Navarro está el íntegro secreto de un poeta, alto y sereno. Entre nosotros, la aparición sin anuncio de esta lírica potencia, motivó asombros revestidos de incredulidades.

Nace en Las Palmas; 16 de Octubre de 1914. Demasiado nueva su vida para someterla al artificio mecánico de una biografía.

Se le vió joven, despreocupado, viviendo la blanda comodidad de un hijo de familia. Y nadie sospechó que, tras la frente angustiada y la eterna agonía negra de los ojos del muchacho, pudiera encerrarse tal personalidad poética. Sensibilidad de altura semejante.

En 1936 se afinsa en Madrid. Allí traspasa, sufriéndolos, los horrores de la guerra y todas sus esperanzas.

Surge, acabada la contienda, y esparce verso y prosa por las publicaciones de casi toda España. En los instantes de amanecer y duda, le alientan, incansables, los amigos buenos: Víctor de la Serna, Alfredo Marquerie, Julio Fuertes, Xavier de Echarri, José María Sánchez Silva... Y dirige "Verso a Verso," la página poética del semanario "Tajo".

"Vértice," la gran revista, alumbra en 1940, con riguroso esmero, su auto religioso: "Huésped de la Primavera y Vencedor de la Muerte". La crítica señala, con acelerado latir, esta vivencia espléndida del viejo teatro hispano. Tomás Borrás y Felipe Lluich intentan llevarlo a la escena del Español. La muerte del último quiebra el intento, ya a punto de logro. Anda el tiempo y la obra se estrena, con éxito de clamor, en la tierra querenciosa de Lugo.

Y su primer libro de versos. Hacia 1940, y bajo este rótulo, "Amenaza de Estío", lo da al mundo la estampa. Lleno de buenas cosas está el libro; mas el poeta las hará mejores.

En ese breve manual de poesía, toda su lírica bondad rebosante. El, que ante los derrumbes morales, al enrostrar el dolor y la muerte, reacciona como ente anónimo, casi sin acuse de cultivo interior, deja en libertad, frente al amor y sus aledaños todos, el cauce infinito de su impetuoso torrente afectivo. De ahí la necesidad que experimenta de uncir a la vertiente luminosa de su poética, nombres de amores envueltos en la nostalgia de lo ido; de afectos que fueron y ya no son; de presentes pasiones ululantes.

Ahora, "Tartessos," editora barcelonesa de prestigio, publica en edición de amigos — cincuenta ejemplares numerados — "Dos Elegías" de Diego Navarro. Este terceto es de la primera:

*Si muero yo, poned en cada rama
de los cipreses una Primavera,
plural anuncio si plural mi dama.*

La segunda Elegía es la dedicada por Diego al recuerdo medieval y amoroso de Jorge Manrique, donde,

*...un caballero frío apura el beso
de la tierra desnuda que a vestirle
baja desde los mármoles al bueso.*

Es lopiano; lopiano fervoroso. Para él, Lope encierra la fuerza poética más grande "de todos los siglos y de todas las literaturas".

Gerardo Diego y Alberti van dejando huellas, — leves a veces, más definidas otras — a través de su poesía. El Alberti de los instantes buenos, sin mezcla de luces envenenadas.

Porque, ante todo — y él así lo vive, con orgullo —, Diego Navarro es un poeta español. Y lleva inserto en las venas, y en la hondura de sus ojos, el concepto sagrado de España.

La inquietud sin colmo de su vida de artista, su dinamismo, su avidez curiosa, le enfrentan con todos los géneros. Pero es en el soneto donde halla terminada forma de expresión, honda, perfecta, o en la clara maravilla de la espinela, que domina, como esa que vive, amorosa, en estas páginas.

Ya lo saben los jilgueros...

¡Transparente luminosidad de gloria, de sol novicio, de pura, fresca alegría! ¡Intensa castidad de ampo y armiño, de labios como pétalos intactos!...

En el mundo pequeño de la poesía canaria, Diego Navarro asume un puesto primerísimo y propio. A través de todos los tiempos. En nuestro panorama lírico es el contracanto que demandan los universales atlantismos fastuosos. Y el hondo dolor esquivo, erizado, del isleño. Lo que en el concepto primero es exuberancia, fatigosa en ocasiones, y hondo amargor de toda cosa en el segundo, en Diego Navarro es ascensión de llama y armonía. Cohesión perfecta de luz y sentido. Y apasionado fuego a través de su acento todo:

*“La erguida flor del corazón me pesa
como una rosa grande y fatigada...(1)”*

(1) Publicado en “El sentimiento del Amor a través de la Poesía Española.”
—Barcelona. Editorial “Olimpo”, 1943.

En otras ocasiones, este arrebatado, barroco "fuego interno," se convierte en un levantar de estatuas de clásico pergeño, sobre lienzos de césped y ababoles y hermosos capiteles desnucados. Pero, siempre, en una atmósfera de luminosidad caliente, vahorosa de pasión irrefrenable.

Su voz canta a Castilla. La tierra meseteña, quieta, infinita, tiene en él un juglar absoluto. Burgos, el Arlanzón, la señorial, desvanecida Lerma... En 1940 también, Palencia, en el IV centenario de la muerte de Jorge Manrique, le premia, en concurso obstinado.

Paisajes con fuentes de verdad translúcida, espigados de unánimes cipreses y fondos de arrebatado llamaraje. Serenidad apasionada con ritmo de pura expresión y vuelo. Y en la audacia de un giro, fuera de cánón, el vivo corazón palpitante del poeta.

Y todo, — cristal, rosa dolida, pavesas y cenizas desaladas — descansando en la tersa, suave paz, de una amorosa cintura.

Néstor Alamo.

Poemas de amor



Para Néstor Alamo

La erguida flor del corazón me pesa
como una rosa grande y fatigada
que en esta Primavera lastimada
pone en la luz su dulcedumbre espesa.

Como una rosa grande que no cesa
de gravitar sobre tu carne helada,
muere mi adolescencia enamorada
ruborizando púrpura en promesa.

Ya te dije: como una inmensa rosa
ofrecida a la paz de tu cintura,
está en silencio y en temblor mi vida.

Como una columna jubilosa
están tus gestos, ya memoria pura,
suavizando un rigor de despedida.

Deja, Señor, que viva como quiera
el pájaro que libre alcanza el cielo,
el perfume que vive en puro vuelo
y el árbol que en el viento persevera.

Mas no dejes, Señor, que esta quimera
que me derriba el íntimo consuelo,
haga su voluntad, logre su anhelo
y alcance con fortuna lo que espera.

Que si el pájaro al cielo siempre aspira,
el perfume en tu gloria sube y llega
y el árbol es seguro y es constante,

mi corazón por un desdén suspira,
con el tiempo, la vida y el ser juega
y es loco en el querer porque es amante.

Mundo a la suave defensa.

J. GUILLEN.

Solo, entero y redondo. Abril seguro
que contra marzo huído se defiende.
¿Marzo? ¿Invierno? Si frío ¿dónde enciende
tu cierta Primavera su conjuro?

¿Dónde espadas en celo? ¿Dónde apuro
de almenada defensa? Luz que ofende
— arcabuces tus ojos — suave asciende
no por laurel, sí por amante muro.

Crestada hagiografía, tu cabello
te corona — lo sabes — por entera
esencia de tí misma, y arbolada.

Viene la luz para ayudar a aquello
que es mundo defendido y antes era
desnuda adolescencia enamorada.

Para callar, el tiempo guarda, quieta,
la cruz de sus agujas silenciosas:
quietas en el silencio están las cosas
y quieta, en lo callado, la veleta.

Silente caminar. Una saeta
va chistando y avanza en las airosas
estructuras del verbo. Cadenciosas
son tus aguas, silencio, norma escueta.

Sólo por ti, mi amiga, reverencio
esta noche que impones a mi vida
y este desvelo que el ensueño arranca.

Cruza el río febril de mi silencio
y hallarás en sus aguas, sumergida,
blanca mi voz y en tu desdén más blanca.

Mi sangre, de silencio emponzoñada,
te piensa luna en paz, tórtola a vela
que en el recuerdo de lo antiguo vuela
y si una vez es sueño, otra vez nada.

Mis interiores islas, rada a rada,
recorro en busca de coral, canela,
despojo de color, olor y de la
ruina de tu presencia acostumbrada.

Si del olvido tu memoria surge,
el aliento se escapa hacia un mirífico
vitral, donde mi sueño borda gozos.

Nunca comprenderás lo que me urge
tener siempre presente este magnífico
temblor que me devuelve el alma a trozos.

Lenta y seguramente la afilada
figura tuya que al amor figura
vino con frenesí de calentura
dando a mi vino el agua enamorada.

Sorpresa adrede en el marfil labrada
de mi costado vuelto sangre pura,
fué sorprendiendo la canción segura
en senda y palidez de madrugada.

Bella adrede y jazmín. Novia azucena
buscando sangre. Presunción de muerte
rondando el junco y el candor robando.

Mi entusiasmada muerte, casi llena
de tí y tu gracia, su agonía vierte
sobre tu gesto adrede, suspirando.

Después de muerto, amarillentas flores
me vendrán a una boca de ceniza
y vivirá en mi labios la maciza
ausencia de tus húmedos favores.

Después de muerto, enjambre de livores,
con dulce miel cadáver y pajiza,
será mi cuerpo en el jardín que riza
la sombra del ciprés y sus temblores.

Después de muerto yo, tú, ¿dónde vives?
Yo tiemblo amante en el rumor del viento:
tú vives ágil, duradero olvido.

Todo mi pulso es madrigal: no esquives
el último servicio de mi atento
corazón que te silba en el oído.

A UN TRAJE VACIO Y A SU DUEÑA

A tus pies, resbalando, el traje gime
por una seda que caliente late
y el aire dora el sol de su rescate
y al hombro luz desnuda amante oprime.

¿Cómo dejaste — cinta, encaje —, dime,
esta amasada miel morena y mate
sin freno que sujete su acicate
y sin plisado que su gracia lime?

¡Cómo quedaste, espuma, nata leve
caída del asombro, destrozada,
atravesado por la luz, vestido!

¡Cómo quedaste de espigada nieve
sobre tu propia desnudez alzada
matando en copo y flor nada y olvido!

A UN RETRATO

Mudo papel, confín de mucho yelo,
¡cómo aprietas el nudo y perseveras
en las bruñidas rosas que traieras
por línea y vibración de mirlo en vuelo!

¿Por qué acicate y sal, por qué señuelo
y nunca luna en las enredaderas:
por qué si canon de las Primaveras
quieto en tu estampa de sonrisa y cielo?

Cómo revives ágil, cómo danzas
en cada línea sin color que miro.
Cómo vigilas pensamiento y duda.

Cómo resuelves las adivinanzas
de mi pálida sangre y mi suspiro,
tan hermana del pájaro y tan muda.

A UNOS SENOS

¡Oh senos de mi amante, nunca vistos;
creced y henchid de nata y miel los cielos
que diminutos ángeles sus vuelos
tornan en carne para el roce listos!

Morenos nardos de mi sed bienquistos,
velad amor enanos y gemelos
que, cúpula ya el aire, rompe velos
al descubrir latidos imprevistos.

Velad, dormid, creced; buscad la hora
en que al sueño la carne hàce justicia
y el pulso por la boca se derrama.

¡Saltad al aire, mirlos, prieta aurora,
senos de luz, arroyos en delicia,
ángeles bien guardados de mi dama!

Callando noto que la vida cava
sepulcro a la esperanza de tenerte,
nicho al momento de volver a verte
y monumento al sol que me alumbraba.

Si lo que fué silencio en sangre acaba,
lo que calló el amor calle la muerte,
y ya mi lengua con su plomo inerte
los ataúdes del silencio clava.

Todo es en mí secreto fuego ardiendo,
gusano de sigilo cavilando,
viejo rastro de amor palideciendo.

Mas tu recuerdo seguirá alentando
y en la ceniza seguiré queriendo
y desde el polvo seguiré callando.

Ya tu memoria en el sudario espeso
de los minutos frágiles reposa
y de tanta esbeltez no queda cosa
que se sostenga por su propio peso.

Alimento tu sombra en un exceso
de enamorada fiebre temblorosa:
de ir y venir, el polvo de una rosa
me dejó niño el corazón ileso.

Todo es de tí lejano: fugitivo
cisne que fué de voz y que prefiere
dar al olvido su esbeltez, su pluma.

Si alguna vez encuentro un rastro vivo,
de claridad el alma se me muere
en la memoria de tu piel de espuma.

Ni el azar,
ni Dios mediante
ni nadie quiere soltar
mi sangre de triste amante.

¿Para qué, luz, para qué,
si vengo disimulando
que soy nada y voy llegando
a la nada que dejé?

De nada tú, pero lirio;
de polvo tú, pero ardiendo;
de minuto, pero abriendo
el infinito delirio
de una nada
limpia como buen acero.

Dame nada que me muero,
señor de los altos fríos;
dame nada, que prefiero
los vacíos
a este polvo de sendero
que me cubre y me recubre
de sequedad estirada.

Dame nada
en la dulcísima ubre
de ésta mi amiga y amante
que me espera.
Dame Octubre
si no queda Primavera.

Dios mediante
tendré amante:
será nada,
pero estará enamorada.

ANA

Ana, de sombra y de luego
descubre la arquitectura
que en el presente perdura
aniquilando en su fuego
mi nada de ayer y ahora.

Sí, Ana, sí, porque ahora es
inmejorable mejora
en lo que sueñas y ves.

Espíritu mío, Ana,
te rompe, te rasga y quiebra
mientras su sonrisa enhebra
lo mejor del alma.

Y vana
será la fuerza, y perdida,

que opongas a ser de viento,
a tener luz de alimento,
a tener a Ana por vida.

Paraíso y fundamento,
Ana, casi suficiente.
Paraíso violento,
Ana, me corre en la frente:
de luna, de buen marfil,
de cristal de espejo nuevo.

¡Ay, Ana y Ana de abril,
que no te miro y te llevo
clavada con clavos fuertes!

Ana de luego,
siempre y tarde,
antes, después de las muertes,
habrá fuego
porque el Paraíso arde.

Ana -y- Ana: Dios te guarde.

Hay una adolescente que me mata
acechando el sendero cotidiano
del ir y del venir. Del ir, seguro
de hallar segura muerte. Sombra grata
de perfume cercano. Nardo puro
de alborotada sangre. Fría plata
de luna. Sobrehumano
cántico de conjuro.

Hay una adolescente en mi camino
de derramada nata,
de esclarecida luz glacial vestida,

de seguro destino
y seguidora fiel de la escondida
palidez de mi sangre. Enamorado
estoy de una muchacha tan pequeña
que me cabe en las manos y en los ojos,
lentos de paz risueña.

Enamorado estoy. Árboles rojos
—¿álamos, limoneros?—
me velan horizontes. Cervatillas
como caños de oro; cancioneros
como copas de estaño; maravillas
como pasos menudos; las orillas
de las altas riberas; los primeros
ruiseñores canoros,
dicen que estoy enamorado entero.

¡Hay una adolescente por quien muero!

Compraron las mozas leves
levedad para sus gestos;
se combinaron opuestos
presagios para las nieves.
Surgieron canciones breves
de las montañas nevadas
y borrarón las cañadas

los pasos del mes de Enero.
Ha vendido el buhonero
gritos de rosas mojadas.

Tañeron las correhuelas
sus campanillas azules;
vistieron los abedules
el blanco que tú desyelas.
Por las lunares estelas
vinieron declaraciones
de infinitas emociones

nacidas en un azar
que pretendieron jugar
con las íntimas canciones.

Ya lo saben los jilgueros
y los álamos del río
y lo dice el praderío
al cauce de los senderos.
Lo saben los campaneros
de la florida morada;
lo sabe la encrucijada

**que nos tuvo por amigos;
lo han declarado los trigos...
Y tú y yo sin saber nada.**

Rimas humanas



EN LA PRIMERA PAGINA DE UN LIBRO

Detén los ojos en el lago frío
de este hondísimo prólogo de nieve
que guarda y cierra con recorte breve
el apretado y negro escalofrío.

Resta meditación para el baldío
rastros de luz que a página se atreve:
domina la verdad, que aquí se bebe
arroyo en flor, si no caudal de río.

**Entra tras la solemne arquitectura
que un hilo blanco con pasión cementa
mintiendo cana por sentirse sabio.**

**Roba de aquí la luz que se inaugura
en mi albísimo plano que alimenta
conversación sin aire, voz ni labio.**

A UN LIBRO

El lino crece, el agua le macera,
y tú, de vegetal muerte nacido,
vives en alta flor, papel pulido,
y mueles alma en letra molinera.

Por tí se queda el alma sin que muera
su hijo mejor, el hijo sin sonido
que en tu silencio se quedó dormido
y en tu volúmen al lector espera.

Por tus venas — renglones — , por tus venas
anda la vida hurgando al pensamiento,
la vida al corazón entusiasmado.

Y a la memoria se la quedan llenas
los ríos del amor, en un momento
en que te pudo hallar deletreando.

A UN SEPULCRÓ

Aquí la carne en polvo se convierte:
toda su vanidad, sombra ligera,
nace con gravedad de calavera
a la presencia augusta de la muerte.

Por ser verdad desnuda aquí se advierte
miedo a tan fría espada justiciera,
y hasta el dormido teme, porque espera
otra angustia mayor cuando despierte.

**Todo esta vanidad, todo este llanto
que en piedras y faroles cristaliza
pretenden no asustar al caminante.**

**Pero serán estrépito y espanto
cuando se vuelva carne la ceniza
y se abra el suelo estando Dios delante.**

A UNA ESTATUA ECUESTRE

Allá, lanzado al surco de los cielos,
hecho jinete de la Primavera,
lleva detrás a la ciudad entera
más allá del sentir de sus abuelos.

Estatua fué sujeta por los yelos
de un pedestal sin fé que piedra era:
hoy hizo de su estoque una bandera
y va a probar su sangre y sus anhelos.

**Ya está la estatua galopando, haciendo
caminos de las plazas, ascuas vivas
de los enfebrecidos ciudadanos.**

**Y aquí está el caballero destruyendo
con sus recias virtudes primitivas
las riendas que sostiene entre las manos.**

A UN CHOPO DERRIBADO SOBRE UN RIO

¿Quién te creyó doncella y precipita
a este lecho de espuma, blando y frío;
quién se creyó tu amante, chopo mío,
y río abajo, en el cristal, te cita?

¿Quién tan pequeño el beso solicita
de tu verde de luz y escalofrío,
que para darlo, pejerrey de río,
roto tu talle puro necesita?

Ay de tí que del viento junco verde
fuíste de Primavera a Primavera
dando al agua el temblor de tus temblores.

Mira cómo envidiosa el agua muerde
lo que la enamoró la vez primera
y ahora muele en sus brazos corredores.

SONETO DE MIEDO

De viento y luna encaje, dulce zarza
crean las ramas de los chopos altos
y por mezclados grises y cobaltos
la noche apaga, crece, gira, engarza.

Camina el puente a templo, el mirlo a
(garza:
todo crecido en friso sin resaltos.
Siembran los olivares sobresaltos
para que el viento en sombras los esparza.

Calza el ciprés, pujando, su coturno
de imprecisión pastosa, actor de nube
que aplausos de terrores solicita.

Y un rumor de cristal, macho y nocturno,
desde los muslos de los puentes sube
para asustar al mimbres que dormita.

A UN JARRO CON FLORES ARTIFICIALES

Esta joven y siempre Primavera
que te corona con su trapo y lino,
¿es eterna nostalgia o venusino
sueño que bajo el polvo persevera?

¿Te empuja el miedo a florecer quimera,
o vanidad te finge galán fino?
¡Qué verdadera muerte tu destino!
y tu asombro ¡qué muerte verdadera!

Vives, presumes, en cristal, fingiendo
lo que en jardín apenas Mayo labra:
Narciso de oropel languideciendo.

Y cuando tu capullo falso se abra
habrá un Octubre en el jardín, mintiendo
un olvido, un silencio, una palabra.

A UNA BAILAORA

Crótalo cada estrella y faraona
la luna campanera en el olivo.
¿Dónde, sirena verde, nardo vivo,
encontraste la luz que te corona?

¿Por qué la Primavera se pregona
en cada punta del clavel cautivo?
Carne morena, mármol agresivo,
dime, ¿qué abril te muerde y te sazona?

Dime por qué jazmines y azahares
corre tu sangre dulce y bailaora
hasta alcanzar el mar de tu latido.

Dime de qué morunos hontanares
surge esa miel que enamorada dora
tu piel de sol, de arcángel sin vestido.

A UNAS CARTAS QUEMADAS

Estos que, fríos rastros de ceniza,
los giros alimentan de los vientos,
fueron en ocasión descubrimientos
que el ciego amor en su ascua martiriza.

Ya sólo polvo, polvo se desliza
por el alma, rompiendo sus cimientos:
eran del recordar mantenimientos
y hoy su memoria en polvo se eterniza.

Por olvidar se escurre de la queja
el reposo que fué de muchas horas:
se me escapan las áncoras al cielo.

Me suda el alma por la herida vieja
y las que fueron cartas pecadoras
asesinan con humo mi consuelo.

A UNA ROSA

La forma olvida entera y entra loca
a sangre pura, serafín de viento,
a ser color en rama y pensamiento
de plena carne en redondez tan poca.

Llega a sonrisa sin marfil, trastoca
el sentido jardín de aburrimiento;
entrega tu dulzura en un momento
a río, nardo, atardecer y boca.

Olvida al ruseñor amante y llega
a llama esbelta, casi a bailaora;
sube a la luna para sus mejillas.

Ríete de la fábula y entrega
este rocío que tu seno llora
a aquel clavel que muere de rodillas.

A UN CESTO DE PAPELES

Breve nave de mimbre, hacia el olvido
llevas la leve nata mal partida
que flor y voz de versos presumida
en un momento, ya pasado, ha sido.

De tantos borradores has sabido
que, médula tu asombro de mi vida,
en tu trasiego y nada contenida
está la voz que nunca nadie ha oído.

Tú, que guardas la pobre adivinanza
de mi amor — casi sueño, casi angustia —
en tu cóncava mano olvidadiza,

llévate, rota y muda, mi esperanza
hacia la nada triste en que se mustia
cuanto nacido flor muere ceniza.

A UN PAJARO SOBRE UN ALERO

A tí del cielo claro ¿qué te importa,
si eres narciso de tu propia pluma
a quien la ingravidez del vuelo abrumba
y la tijera de la luz recorta?

¿Dónde naturaleza más absorta
pudo estar, que en el pío que rezuma
tu tibio pecho de emplumada espuma
o en la sonata que tu vuelo aborta?

Tú estás aquí para que yo te vea
y de los cielos y su abril prescindas
quedando enamorado de tu trino.

Yo estoy aquí para que no me crea
ni tu pecho de luces, que me brinda
un espejo, una nave y un camino.

A MI PRIMERA CANA

En mi primera cana adolescente
no nieve y sí ceniza considero,
porque del frío de un amor no muero
y acuno el ataúd de lo silente.

Ceniza sin asombro, mansamente,
va dibujando mi dolor primero,
pues porque nada hallo y todo espero
no he de admirar la mina de mi frente.

**Pasado es ya mi corazón maduro:
la pura miel de las palabras nuevas
brota en la cicatriz de vieja herida.**

**Y tú, cana sutil, tejiendo el muro
del monumento de mi edad, te llevas
la espuma y la inocencia de mi vida.**

LUNA Y TORRE

Un doncel — ¿Alcibíades de qué rosa? —
vive el dolor y el agua de Narciso
depurando el olor de lo conciso
si el llanto no de lágrima juiciosa

Atenas interior, maravillosa
flor y duda de efebo que no quiso
saborear el cántico preciso
de la región del ansia deliciosa.

Ruina de flor, silencio estremecido
fué el doncel, doriforo de fortuna,
a quien olvido leve le socorre.

Y si galán del mármol prohibido
murió, desnudo nardo ya, si luna,
lirio cayó, rendido ya, si torre.

A LOS JARDINES EN QUE JUGUÉ DE NIÑO

¿Cómo pude vivir sin recordaros,
ríos de sol, jardines, fuentes mías;
en qué telar amor teje mis días
que no soñé con vuestros vientos claros?

Caminos de niñez, parques avaros
de vuestras rosas y canelas frías,
¿qué me decís ahora, en las vacías
horas que vuelvo mi palabra a daros?

Decidme el verso de la arena fina,
el gozo de los aros corredores
o la melancolía de estos bancos.

Una estatua de piedra en cada esquina
me va volviendo viejos los amores:
¿por qué, jardín de ruiseñores blancos?

A UN CENICERO

Ceniza de un volcán o cigarrillo,
Nápoles te anticipa y te pregona;
ni la ceniza, casi muerte, encona
esta oronda majeza ni este brillo.

El tiempo muele en su reloj y trillo
cuanto en la sangre crece y se sazona:
sólo a tu calavera se perdona
el tributo al marfil y al amarillo.

Cuando te sé mirar, cóncavo y liso,
encenizado y reluciente hueso,
noto bullir mi sangre de eremita.

Pero mi sangre, de verdad, no quiso
meditar en la muerte y en su peso:
tu corazón de plomo necesita.

Castilla



El río busca el mar, que no le espera,
con temblores de mimbres en su orilla,
cruzando lo infinito de Castilla
renacida a la paz y en Primavera.

Canta la tarde, ya desnuda entera,
su baño con el trigo a la rodilla,
y la tierra, ocre, verde y amarilla,
enjuga la humedad de la ribera.

Ya la perdiz, para su ritmo brevè,
ha quebrado el magnífico sosiego
que las lomas austeras proclamaron.

La tarde acaba y el silencio bebe
sueño en los chopos, para alzarse luego
sobre los surcos que a la flor ahogaron.

ROBLEDO DE CHAVELA

Frente de cielo azul: y la cigüeña
poniendo un garabato de ceniza
en el ocaso puro que agoniza
sobre la dulce gravedad risueña.

El junco, el río, el monte, la pequeña
claridad que en la sombra se desliza,
acunarán la noche. ¡Luna, riza
este cristal de robleal que sueña!

Dame, arcángel de encanto pueblerino,
la muchedumbre excelsa de tus alas,
esta serena calma sin simiente.

Caminante en las hojas, peregrino
de forestales y olorosas salas,
Robledo alarga un hombro hasta mi frente.

COLOR DE LERMA

Lerma, doncel del agua, grave mira
cómo el río devuelve al cielo puro
el soto verde y el trigal maduro
que amamanta la bóveda zafira.

El agua lenta, suave y dulce gira
entre puentes de luz que desde el muro
lanzan un sueño a navegar seguro
en el resol que dora y que suspira.

Un palacio de luz y miradores
sobre el agua y el frío el sol enciende
con canela que a chopo y viento alcanza.

De ocre, morado y tierra los colores
el pincel de los árboles extiende
sobre el raso y el frío del Arlanza.

BURGOS

Cercado por el mar. Mira la playa
llena de trigos altos y maduros
que vigilan los cerros inseguros
de la ciudad dormida en la batalla.

Mar amarilla. La canción estalla
Campeadora y Cid de los apuros.
Burgos amaneciendo. Viejos muros
sosteniendo la luz que se desmaya.

Cigüeñas en las torres. Espadañas,
campaneando bronces madrugeros.
Lejos, el cielo azul: todo infinito.

Castilla se despierta en las entrañas
de numerosos ángeles guerreros
que hacen de la ciudad fábula y mito.

A LA CATEDRAL DE BURGOS, ILUMINADA

Ya el lirio luz, encaje y nieve atiza
dando pábulo al gótico incendiado:
verso de catedral bien pronunciado
salta a la noche y el silencio riza.

El río riela y ronda la melliza
copia que habita su crespón lunado,
y el cielo, de dos mástiles preñado,
un bergantín de resplandores iza.

Oh tú, sin voz, cantando piedra a piedra
estas vírgenes selvas minerales
donde la antorcha suplantó a la hiedra.

Moja la crestería de tu amura
en esta nata que por las iguales
torres trepa, sin brida, hacia la altura.

*A la invicta memoria de
Don Ramón Bonifaz,
primer Almirante de Castilla
muerto en el agua en gloria de
saetas enemigas.*

Inaugurando mar verde y morada,
ola a ola de triunfo marinerero,
al remo ordena y al delfín ligero
un capitán de sangre alborotada.

Castilla, a un mar de sueños asomada,
vela el afán de su perfil guerrero
y su estandarte quiere ser austero
hábito y flor de la región salada.

Almirante de Dios, por tu bandera
corre, aún joven, el sol, para que asombre
en su cenit, más tarde, a Moctezuma.

*Se te entregó Sevilla en Primavera,
rúbrica díste al Betis con tu nombre
y al ansia de Castilla diste espuma.*

*À UN CHOPO, SOBRE LAS BARANDAS DEL
ARLANZON*

Novio del agua virgen y soltera
apunta al alto cielo de Rodrigo:
verde Cid, centinela monta al trigo,
Narciso delgadísimo que fuera.

No en estanque, sí en viento, sí en ribera,
cuello es de miel, de garza y sol festigo:
ciprés sin luto, magistral y amigo,
engarza al sueño luna verdadera.

Ni la cigarra catedral le hace,
ni el viento rui señor. Suda su muerte
sobre el polvo apretado del camino.

Y azul y nube, río y viento pace
alimentando la pasión inerte
de dar su aguja al querubín más fino.

*SÓNETO HEROICO EN LAS RIBERAS
DEL ARLANZÓN*

Aquí sembró una idea un pensamiento,
aquí se hizo la idea una gavilla
que, rubia de oro y sangre, por Castilla
fué derramando su deslumbramiento.

Aquí se hizo la sangre campamento,
aquí vivir fué cosa tan sencilla
como encontrar la gloria en la semilla
que fué en el alma fé, copla en el viento.

Aquí quedó con mengua el valor fiero
del troyano, del griego y del ardiente
Hércules vencedor del toro ibero.

Aquí, que está de España la simiente,
es el trigo doncel y caballero
al paso de un Rodrigo transparente.

PUENTE DE MALATOS (BURGOS)

Malata, Malata mía,
corazón del siglo trece,
en tus desdenes acrece
el Arlanzón su agua fría.
Llévame en tu romería
camino de Compostela,
que el caballo de canela

**de mi soberbia mejor
ha enfermado del temblor
del río que al puente riela.**

Azar de incierta fortuna,
río Arlanzón sin sosiego,
río capitán en juego
con el temblor de la luna.
Por tu reliquia moruna
corren antiguos caballos
que resucitan los fallos

y la espiga de cristal
de un Mfo Cid magistral
Campeador de los Mayos.

Arlanzón, amigo viejo,
qué humilde sabiduría
trae tu vena de agua fría
que fué de torres espejo.
Qué sosegado consejo
tu seguro caminar.
Qué delicia navegar

entre los cielos y el trigo.
Arlanzón, me voy contigo
que tengo en la sangre el mar.

Camino de Gamonal,
camino de voz amante,
en tu ribera sedante
¡qué certero madrigal!
Melodía en plata y cal
en tu luz deslumbradora
va proclamando señora

y amante a la amiga mía.
Plata y cal de mediodía
para mi amiga que llora.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Páginas

IX

POEMAS DE AMOR:

<i>La erguida flor del corazón me pesa...</i>	15
<i>Deja, Señor, que viva como quiera...</i>	17
<i>Solo, entero y redondo. Abril seguro...</i>	19
<i>Para callar, el tiempo guarda, quieta,..</i>	21
<i>Mi sangre de silencio emponzoñada,..</i>	23
<i>Lenta y seguramente la afilada...</i>	25
<i>Después de muerto, amarillentas flores...</i>	27
<i>A un traje vacío y a su dueña</i>	29
<i>A un retrato</i>	31
<i>A unos senos</i>	33
<i>Callando noto que la vida cava...</i>	35
<i>Ya tu memoria en el sudario espeso...</i>	37
<i>Ni el azar,..</i>	39
<i>Ana</i>	41
<i>Hay una adolescente que me mata...</i>	43

<i>Compraron las mozas leves...</i>	45
<i>Tañeron las correbuelas...</i>	47
<i>Ya lo saben los jilgueros...</i>	49

RIMAS HUMANAS

<i>En la primera página de un libro.</i>	53
<i>A un libro</i>	55
<i>A un sepulcro</i>	57
<i>A una estatua ecuestre</i>	59
<i>A un chopo derribado sobre un río</i>	61
<i>Soneto de miedo.</i>	63
<i>A un jarro con flores artificiales</i>	65
<i>A una bailaora.</i>	67
<i>A unas cartas quemadas</i>	69
<i>A una rosa</i>	71
<i>A un cesto de papeles</i>	73
<i>A un pájaro sobre un alero</i>	75
<i>A mi primera cana</i>	77

<i>Luna y Torre</i>	79
<i>A los jardines en que jugué de niño</i>	81
<i>A un cenicero</i>	83

CASTILLA

<i>El río busca el mar, que no le espera,..</i>	87
<i>Robledo de Chavela</i>	89
<i>Color de Lerma</i>	91
<i>Burgos</i>	93
<i>A la catedral de Burgos, iluminada.</i>	95
<i>A la memoria de D. Ramón Bonifaz</i>	97
<i>A un chopo, sobre las barandas del Arlanzón</i>	99
<i>Soneto heroico en las riberas del Arlanzón</i>	101
<i>Puente de Malatos (Burgos).</i>	103
<i>Azar de incierta fortuna,..</i>	105
<i>Arlanzón, amigo viejo,..</i>	107
<i>Camino de Gamonal,..</i>	109



ESTE LIBRO, EDITADO
POR EL GABINETE LITERARIO Y LOS AMIGOS
DEL POETA,

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL 20 DE MAYO DE 1943
EN LOS TALLERES DE

DOMINGO SANCHEZ TALAVERA
EN LA CIUDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
DIBUJARON: ANGEL JOHAN Y JESUS G. ARENCIBIA

LAVS DEO

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



422083

BIG 860-1 NAV en

